



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma.



Año LVIV.

17 DE JULIO DE 1918.

Núm. 13.



NÓS EL DR. D. MATEO MÚGICA Y URRESTARAZU,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OSMA, PROTONOTARIO APOSTÓLICO, SEÑOR DE LAS
VILLAS DE EL BURGO, UCERO, Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS, ETC.

*Al venerable e Ilmo. Deán y Cabildo de nuestra S. I. Catedral
al venerable Abad y Cabildo de la Insigne I. Colegiata de Soria,
a los Arciprestes, Párrocos y demás clero,
a las Comunidades religiosas y a todos los fieles del Obispado,*

SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Gratia autem Dei, vita æterna, in
Christo Jesu Domino Nostro.*

*Mas la gracia de Dios es la vida
eterna en Cristo Jesus Señor Nuestro.*

ROM. VI, 23.

Cuando Su Majestad el Rey (q. D. g.), firmó el real decreto, presentando a Nós para esta Sede, y la Santidad de Benedicto XV confirmó con su augusta y soberana autoridad aquella presentación, nombrándonos Obispo de Osma, confesamos que fué grande Nuestra confusión y humillación; en un momento, y sin mérito

alguno de Nuestra parte, el decreto Pontificio nos introducía en el Cenáculo, y colocándonos al lado de los Apóstoles, nos hacía objeto especial de las misericordias de Jesucristo; ¿cómo corresponder, a hijos, a tan alta distinción del cielo?

Fatigada la mente con la consideración de esta idea, volvimos los ojos a la Diócesis que el Vicario de Jesucristo confiaba a Nuestros cuidados, y lejos de hallar descanso para el espíritu y tranquilidad para el alma, nuevas alarmas aumentaron Nuestra zozobra e inquietud. Porque aquí *fueron* en otro tiempo Numancia, Uxama, Calatañazor,... ¡esta es la tierra, pobre sí, pero de moradores honrados, de patriarcales costumbres; la tierra (1) de

«Cien rocas en cada monte
Y en cada roca una cueva
Y en cada cueva una historia
Y en cada historia un poema.»

Esta es la Sede gloriosa que tuvo por primer Obispo a Pedro Bituricense, varón verdaderamente santo y apostólico; a tan sábios y amantes de las letras como el Cardenal Loaysa, Honorato Juan, el Venerable Palafox, y D. Pedro Godoy; tan espléndidos como los Señores Montoya, Fonseca, Enriquez, Acosta, Tello y Calderón; tan piadosos como D. Diego de Acebes, Alonso Velazquez y Gonzalez Mendoza; tan prudentes y celosos como D. Sebastián Pérez, Cuadra y González Cavia; tan amantes de la justicia como los Sres. Garnica, Horcos y Lagüera (2), tan ilustres y egregios como el actual Primado de las Españas, Emmo. Cardenal don Victoriano Guisasola, y como D. José María García y Escudero y D. Manuel Lago...

Comprendimos perfectamente que Nuestra pequeñez había de resaltar mucho ante tanta grandeza, pero

(1) P. Conrado Muiños.

(2) Estatutos de la S. I. Catedral de Osma.

Nós no podíamos resistir a la voluntad de Dios, declarada por su augusto representante; y aquí nos teneis, a. hijos, en medio de vosotros, para ser vuestro Padre y Pastor, vuestro Maestro y Guia en los caminos de la salvación.

Nós no podemos negar que las primeras impresiones que recibimos al entrar en la capital de la sede oxomense han confortado Nuestro espíritu, han disminuido en gran parte Nuestra justificada alarma y restituido a Nuestro ánimo, algun tanto perturbado, la tranquilidad y la paz.

Las inequívocas muestras de respeto y de cariño que Nos dieron en las estaciones del camino nutridas representaciones de varios pueblos; los vítores y entusiasmo delirante de esta Capital; las colgaduras y adornos de casas, comercios y de edificios públicos; los cinco primorosos arcos, levantados a expensas del Ilmo. Cabildo, del Itre. Ayuntamiento, del Seminario Conciliar, del Círculo Católico, y de las Hijas de María; el fervoroso empeño y acierto que pusieron todos, Ilmo. Cabildo Catedral, Canónigos de la Colegiata de Soria, Seminario Conciliar, Clero, Corporación municipal, representaciones de distintas Órdenes religiosas, pueblo, etc., en realzar y abrillantar Nuestra solemne entrada en Burgo de Osma; aquel emocionante momento en que lluvia de flores cubrió Nuestro carruaje y Nuestra humilde, aunque sagrada persona; todo esto, a. hijos, no puede relegarse jamás al olvido y obliga a Nós, a no perdonar ningún sacrificio, ni molestias, ni privaciones, ni trabajos, siempre que se trate de favorecer de algun modo a Nuestros queridos Diocesanos.

Y para corresponder desde luego a las dignaciones del cielo, y a lo que debemos a todos vosotros, después de rendiros efusivas y humildes gracias por todas vuestras bondadosas atenciones, justo es que os dirijamos Nuestra primera exhortación, animados del

deseo de enfervorizar a los buenos, despertar a los indiferentes, hacer buenos a los malos—si los hubiere,—hacer mejores a los buenos, y mejores... si cabe..., a los mejores.

Y porque llevamos grabadas la Eucaristía y el Santo Rosario en el cuartel principal de nuestro escudo episcopal, y entendemos que los dos primordiales amores de todo buen cristiano deben ser Jesucristo, en la Eucaristía, y la Sma. Virgen, en la devoción del Santísimo Rosario; y porque Nós tenemos muy presente que Sto. Domingo de Guzmán, insigne fundador de la orden de Predicadores, y del Santísimo Rosario, gloria del Cabildo Oxomense, vió la luz en esta gloriosa región y fué gloriosísimo capitular de Nuestra S. I. Catedral, ¡Nós no hallamos mejor asunto que tratar en esta Nuestra primera Carta Pastoral que lo que representa dicho escudo, es a saber. «—Jesucristo es la vida del cristiano en la Eucaristía: la oración del Santísimo Rosario debe ser la devoción favorita de los oxomenses en orden a la Santísima Virgen.»

Jesucristo es, amados cooperadores y fieles, la Verdad, el Camino y la Vida. Fuera de El no hay más que errores que entenebrecen las inteligencias, caminos tortuosos que desvian, muerte segura, doble, espiritual y temporal.

¿Qué importa que los hombres se llamen a sí mismos intelectuales, si no conocen a Jesucristo, suprema Verdad?

¿Qué importa que corran en alas de los vientos, y abran carreteras para el comercio, caminos para la industria, si salen de la vereda que conduce al Paraíso, si se apartan de Jesucristo? ¿A qué conduce disfrutar, gozar, acumular bienes materiales, *vivir la vida*, como ahora se dice, si no se vive en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo? No hay ni sabiduría ni

paz, ni bienestar, ni virtud, ni vida fuera de Jesucristo, única esperanza, único consuelo, única salvación para el hombre; rama que se desgaje de ese árbol; sarmiento que se separe de esa cepa; miembro que se separe de esa cabeza, será cortado, y arrojado al fuego. No hay; no puede ponerse otro fundamento que el que está establecido. es decir, Jesucristo (1. Cor. III. 11); no hay otro nombre bajo el cielo por el cual los hombres puedan ser salvados, si no es Jesucristo (*Act. Apost. IV, 12*). Lleno de gracia y de verdad, solo *unidos* a Él podremos tener lo que Él tiene; verdad para el entendimiento; gracia interior para el corazón; vida sobrenatural y divina.

!La vida! A semejanza de aquel que sentado al pié de una torre, recibiera todos los días sin faltar uno cuanto le fuera necesario para su sustento, y sin embargo ¡ingrato! no se dignara levantar los ojos al alto, para ver quién era el generoso bienhechor que con tan admirable providencia mirara por su vida, así muchos seres racionales, después de haber recibido de Dios la vida física por la creación; la vida sobrenatural por la Redención, a juzgar por su incomprensible modo de vivir, parece que nada deben a Dios, nada a Jesucristo, nuestro Santísimo Salvador.

Necesario es por lo tanto, a. hijos, recordaros una vez más que todo cuanto somos, podemos y valemos en todos los órdenes y sentidos se lo debemos a Dios por medio de Jesucristo Nuestro Señor.

La generación espontánea, el *batybión* de Huxley; la teoría de las mucosidades de Schmit... han sido justo motivo de risa y escarnio, cuando se ha querido explicar por ellos el origen de nuestra vida. La vida del hombre *procede de Dios*. «*La vida de la carne es el alma, y la del alma Dios*, ha dicho S. Agustín. (Tract. IV in Joann.)» «La vida supone la vida, y no hay vida sin Dios» ha dicho un ilustre hijo de S. Agustín. (P. Zacarias Martinez. Conf. III). «¡Hijos míos! (decía la cele-

bre Madre de los Macabeos.) Yo no sé como aparecis-
teis en mis entrañas; lo que se es que yo no os di el
alma y la vida, ni modelé los órganos de vuestro cuer-
po, sinó el Criador del mundo que formó al hombre
en su origen y es principio de todas las cosas.» (Lib. II.
de los Macabeos). Y a vosotros y a Nós se nos ha
dado esa vida por Dios, por medio de Cristo, Señor
Nuestro.

Nada más categórico que lo escrito por el Apostol
a los Colosenses: (1) *Porque en Él (Jesucristo) fueron
criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra,
las visibles y las invisibles.... todas fueron criadas por Él
mismo, y en Él mismo. Y Él es ante todas las cosas y en Él
mismo subsisten: omnia in ipso constant.* Es decir. Vene-
rables Sacerdotes y Amados Hijos; habiendo sido crea-
das todas las cosas por Él, necesariamente se con-
servan en su ser por Él, pues la conservación no es
otra cosa que continuada creación: si Dios sustrajese
su virtud de nosotros, en el mismo momento se re-
duciría todo a la nada. (Santo Tomás). Lo ha dicho
también con toda claridad S. Juan. «*In ipso vita erat....*»
en Él era la vida, en Él estaba la vida, para Sí y para
nosotros.

Pero hay otra vida de más quilates que la vida fí-
sica, humana, natural; es la vida sobrenatural, la vida
de la gracia la vida divina. Por la primera Dios está
con nosotros por esencia, presencia y potencia; por la
segunda lo está por la fe, esperanza y caridad; esta se-
gunda lejos de destruir la primera, la ennoblece, dig-
nifica y eleva; en progresión ascendente admirable
añádese al bien de la naturaleza el incalculable de la
gracia, como a este se le añadirá en los bienaventura-
dos el inefable de la gloria. Ahora bien. ¿Quién nos
da la vida de la gracia, y la de la gloria?... Solo Jesu-
cristo.

(1) Coloss. cp. I. vers. 16-17.

Dios, la Divinidad de Jesucristo; su Sacratísima Humanidad, los merecimientos de su vida mortal, su pasión dolorosa y su truculenta muerte; los sacramentos que Él instituyó, y especialmente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, he ahí los orígenes, el manantial y la fuente divina de donde brota la vida de la gracia para nuestras almas. «De esta vida sobrenatural ha dicho el mismo Señor por S. Juan:» *Por esto he venido al mundo, para que tengan la vida y la tengan abundantemente.* (Cap. 10. v. 10.). *Estas cosas han sido escritas, para que creais que Jesús es Cristo, hijo de Dios, y para que creyendo, tengais la vida en su nombre:* (ibid. 20. v. 31). *Y este es el testimonio de que Dios nos ha dado la vida eterna y vida está en su Hijo.* (1. S. Joan. v. 11.)

Darnos esa vida sobrenatural fué el empeño constante de Jesucristo en su vida mortal. Si lo vemos encarnado en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, nacer en el ruinoso portal de Belén, trabajar en el taller de Nazaret, predicar por los campos de Palestina, orar de día y de noche, realizar mil y mil prodigios que, en frase de S. Agustín, más que alardes de omnipotencia fueron efusiones de sensibilidad y de amor; si lo vemos con fama, traje y reato de pecador; muerto en la Cruz, anegada su alma en un diluvio de dolores, tenemos que decir y reconocer que *todo eso lo hizo* el Santísimo Redentor para darnos vida cristiana, vida de gracia, vida sobrenatural, vida divina.

Y no contento con todo eso, halló aquel Eterno amador nuevas invenciones para sostener, vigorizar, e *intensificar* la vida divina que nos mereció, y que nos la dió dandosenos en alimento de vida eterna por medio de la Santísima Eucaristía.

El que vive necesita alimentarse; si el alma ha de vivir, también necesita su alimento propio; no hallando el Salvador ninguno adecuado para nutrir las almas por Él redimidas, se dió a Si mismo, a fin de que, re-

cibido en la Comunión, vivamos por Él, con Él y para Él.

¡Doctrina admirable, afirmaciones consoladoras las que el propio Salvador enseñó a este efecto en su vida mortal:

«El pan de Dios es Aquél que descendió del cielo y da la vida al mundo.... Yo soy el pan de la vida; el que a Mi viene, no tendrá hambre; y el que en Mi cree, nunca jamás tendrá sed.... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo y da vida al mundo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mi mora y Yo en él. Como me envió el Padre viviente y Yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por Mí (1).

Como se ha unido el Verbo en general a la naturaleza humana, escribe Rohrbacher a este propósito, (2) tomando su cuerpo y alma semejantes a los nuestros, quiere unirse igualmente a cada uno de nosotros en particular; darnos su carne y su sangre para transformarnos en Sí, a fin de que, haciéndonos como una misma cosa con Él entendamos con su entendimiento, queramos con su voluntad, vivamos con su vida y seamos glorificados con su gloria. Las maravillas del alimento corporal reproducen las más admirables aún en el alimento espiritual. Dijo en un principio: «Produzca la tierra plantas, y las plantas frutos»: y desde entonces aliméntase de la tierra el trigo y la vid, y aliméntase el hombre del fruto de la vid y del trigo. Y esa nutrición se verifica por transustanciación. El trigo y la vid cambian en su propia substancia la sustancia de la

(1) San Juan c. 6.

(2) Hist. Univ. de la iglesia Católica.

tierra; cambia el hombre en su propia substancia la substancia del pan y del vino. Por este misterioso cambio la substancia de la tierra, inerte en su estado natural, insípida e incolora, toma una cierta vida, belleza y sabor en el vegetal; el pan y el vino toman en el hombre una vida, no solo animal, sino racional. La causa de esta progresiva supernaturalización es un principio más alto en la planta que en la tierra, más alto en el animal que en la planta, más alto en el hombre que en todos los mencionados seres. Así, pues, cuando por una transubstanciación análoga, el pan y el vino se cambian en cuerpo y sangre, no ya de un hombre, sino de un Hombre-Dios, participan de una vida verdaderamente divina, tórnanse espíritu y vida. Y entonces dándosele al hombre en alimento este Cuerpo y Sangre, principio infinitamente más alto que el hombre, no han de cambiarse en él, sino que le han de cambiar a Él en sí mismos, hacerle venir a ser el cuerpo de un Dios, hacerle morar en ese mismo Dios, y ese Dios en él—Natural, es entonces que ese Dios le resucite en el postrero día, no para el juicio y la condenación, sino para la gloria, para su gloria, como que es miembro de su cuerpo.»

Sublime teología que S. Pablo condensa en aquella su célebre frase: «*Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus.*») *Vivo, mas ya no vivo yo: Cristo vive en mí.* Y S. Agustín en estas tan hermosas palabras: «*Soy manjar de grandes... crece y me comerás; no me cambiarás en tí, como lo haces con la comida de tu cuerpo, sino que tú te cambiarás en Mí.*» (S. Agust. Confes. libro 7.º v. 7.)

A la luz que despiden estos misterios de amor, dignos de eterna memoria y gratitud, ¿qué tiene de particular que los hombres, de suyo ruines y pecadores florezcan en toda clase de virtudes?... Como el plomo mejora en aleación con plata; el cobre en el oro; el cuerpo unido al alma; el aire, embestido por el sol, así y mucho más, unidas las facultades del hombre a Je-

sús por medio de la Eucaristía se elevan a inconmensurable altura, moviéndose y manifestándose en toda clase de santas actividades. Así se explica, amados hijos, la estupenda floración que se observa en el campo cristiano eucarístico, donde el alma no se cansa de admirar el celo de los apóstolos. la sabiduría de los Doctores, la fortaleza de los mártires. la castidad de las vírgenes, el valor y lealtad de los guerreros, la de justicia de sus magistrados; la rectitud de las autoridades; la docilidad de los súbditos; la incorrupción de sus comerciantes. Es que Dios comunica al alma por la Comunión «grandes cosas, hermoseándola de grandeza y majestad y arreándola de dones y de virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios; bien así, como desposada en el día de su desposorio. (S. Iuan de la Cruz.)

Y ahora cabe preguntar ¿por qué muchos hombres, cristianos por el bautismo y de nombre, se muestran fríos, indiferentes, insensibles a lo único que les importa? ¿por qué se alejan del Santuario y se desvían por caminos tortuosos que solo conducen a la perdición, y no practican la virtud, y viven en pecado y apenas tienen religión?... La respuesta surge clara y única: porque los tales se han alejado del Sagrario, no se alimentan del Pan Vivo, no comulgan, o comulgan raras veces. ¡Ah! muy amados diocesanos, para ser buenos cristianos no basta que se nos tenga por honrados y probos, ni siquiera oír la Santa Misa los domingos y días de fiesta, ni comulgar una vez al año, ni pertenecer a ciertas instituciones de beneficencia y caridad; lo que hace falta, además de practicar todo eso, es tener el alma limpia de pecado, vivir en gracia de Dios, y para esto es necesario sostener la vida sobrenatural del alma con su alimento propio que es la Eucaristía; así lo entendieron los primeros cristianos y en consecuencia «perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunicación de la frac-

ción del pan (Eucarístico) y en oraciones (Act. Apost. II. 42). La fábula cuenta el ridículo caso del asno de Polión que, colocado en medio de dos gavillas y atraído con igual fuerza por entrambas se murió de hambre; no tratamos de zaherir a ninguno, pero sea permitido a Nós hacer constar que nos parecen más insensatos que aquel infeliz animal los cristianos que, teniendo a su disposición diariamente el manjar de la vida. viven, anémicos primero, y luego... mueren, víctimas de la demolidora acción de sus perversas concupiscencias y de la de los enemigos exteriores que diariamente nos persiguen.

Por todo lo lo cual hacemos un llamamiento paternal a Nuestro Venerable Clero, rogándole que coopere con el mayor empeño a los deseos del Sacratísimo Corazón de Jesús, esforzándose por todos los medios en que los fieles encomendados a su cuidado se acerquen devotamente, frecuentemente a recibir la Santísima Comunión. Nos no negaremos Nuestro aplauso a los sacerdotes que trabajen por la buena Prensa, y procuren introducir en las casas ese predicador diario que se llama el buen periódico; bendeciremos también a los que crean y fomentan Sindicatos, Cooperadoras, Círculos..., católicos. pero sobre todo y ante todo merecerá las mejores alabanzas el Sacerdote que además de recalentarse en el *Altar* y en el Santo Sacrificio consiga llevar muchas almas a la Eucaristía, vida, gracia y gloria de las mismas.

Y a los fieles, Nuestros amados hijos, conjuramos por la Sangre preciosísima de Jesús a que no se hagan sordos a las voces del Pastor y se acostumbren a nutrir sus almas inmortales con el pan de vida: «El que quiera vivir, tiene de donde vivir, tiene donde vivir; *Qui vult vivere, habet ubi vivat, habet unde vivat*» (San Agustín).

A una con la devoción al augusto Sacramento Nós queremos fomentar en Nuestros amados Diocesanos el amor y devoción a la Santísima Virgen por medio de la oración y el rezo diario del Santísimo Rosario.

A pesar de que la oración dignifica al hombre y lo eleva--*la oración es elevación de nuestra mente a Dios*--hoy se reza poco; los hombres de nuestros días se avorugüenza de orar. La creación entera, a su modo, alaba a Dios; el hombre, dotado de la facultad de entender y hablar no quiere orar, invocando y bendiciendo el santo nombre de Dios, y sin embargo la oración continúa siendo absolutamente necesaria para la salvación; así nos lo enseñan Nuestro divino Maestro Jesucristo con su doctrina y ejemplo, y nuestro propio ser, pobre, indigente y necesitado de socorro.

Jesucristo oró en Belén, ofreciendo a su Eterno Padre los primeros gemidos y lágrimas de Niño, recién nacido, pero de Niño--Dios; y su oración tiene acentos irresistibles ante su Eterno Padre; oró en Egipto y en Nazarét; oró en su vida pública, a lo largo de las orillas de Genesaret y del Jordán, oró en el Huerto de las Olivas, oró en la Cruz, hasta por sus propios perseguidores, y ahora ora por nosotros en el cielo, *interpelando* a su Eterno Padre en favor nuestro, y ora en la Eucaristía.

Los repetidas mandatos del Salvador, no pueden ser por otra parte más claros. *«Pedid y recibireis.... buscad y hallareis... Si pidiereis algo en mi nombre, esto lo haré. (S. Juan. 16, 23.) Todo el que pide, recibe. (Mat. 7. 8.) Vigilad y orad, para que no entreis en la tentación. Es necesario orar siempre y no desfallecer.... Sine intermissione orate..., orad sin interrupción».*

Y ¿qué más natural al hombre que humillarse, pedir y orar?... Desde el momento en que sabemos que somos nada de nuestra propia cosecha, y que dependemos de Dios y que hemos recibido todo por Jesucristo, ¿dónde y cómo buscar el remedio de nuestros

males y necesidades, sino en el recurso al mismo Señor, supremo bien? Las gracias sobrenaturales que son el precio de la sangre de Jesucristo, ha escrito San Juan Crisóstomo, no se prodigan ni se arrojan al acaso, y es necesario por lo menos que el que quiera recibirlas las reconozca, pidiéndoselas humildemente. Es justo, dijo S. Agustín, que, pues solo la liberalidad del grande y adorable Padre de familia puede aliviar las necesidades de esta multitud de pobres que constituye la sociedad humana, se reúnan al rededor de Él, para pedir sus auxilios y recibir sus dones y misericordias.

Si teniendo delante de nuestros ojos el ejemplo del Salvador y sus repetidas instrucciones sobre la oración, y lo que la sana razón dicta a este efecto, todavía quedan hombres y... cristianos que no rezan y oran, que no se tache a Nós de duro de corazón, al llamarlos insensatos que, rodeados de maravillas no quieren bendecir a su autor; atrevidos que, llenos de pecados, osan ponerse frente a su Juez; necios que niegan su amor al que merece todo amor; ingratos que, habiendo recibido todo de Dios, no quierán reconocer sus generosísimas bondades, hijos desnaturalizados que se aparten de platicar y tratar con el padre más amable y tierno, súbditos rebeldes que rehusan pagar el justo y necesario tributo a su Soberano Creador y Redentor, pobres desgraciados que corren derechos y presurosos a su perdición.

¿Y cómo se ha de orar?.... Rezando el Padre Nuestro, el Ave María, Gloria Patri.... rezando el Santo Rosario. No nos proponemos tratar del Rosario expresamente en este Nuestro primer saludo; ligeras indicaciones os recordarán los anhelos que siente nuestro corazón de veros con el Rosario en las manos, los ojos en el suelo, el corazón en el cielo, rezando el Santo Rosario.

Aquel de quien los judios decían entusiasmados

«Nunca hombre alguno habló como este hombre», nos enseñó la más amorosa de las oraciones, el Padre-Nuestro; esa divina plegaria nos inspira afectos de hijos, y de hijos de un Padre inmortal que nos constituye herederos de inmortales bienes.

El Arcángel S. Gabriel trájonos del Cielo empíreo el Ave María, la más agradable salutación para la Santa Madre de Dios; a los Santos Padres de la Iglesia, reunidos en Efeso el año 431, debemos el Santa María: la misma Iglesia compuso el Gloria Patri. Con estos elementos del cielo, y la meditación de los misterios de la vida, muerte y gloria de Jesús y María, y por revelación de la misma Señora, la Virgen Santísima, formó el Santísimo Rosario el insigne hijo de Caleruega, gloriosísimo Patriarca, Sto. Domingo de Guzman.

Más de doscientos treinta documentos Pontificios, otros tantos Decretos de las Congregaciones Romanas han alabado esta excelsa devoción, concediendo en su favor gracias y privilegios. Pío IX, León XIII, Pío X y Benedicto XV han encarecido sus excelencias en imponderables Letras apostólicas.

En pleno siglo XIX nuevos oráculos divinos han predicado el Santo Rosario, recomendando a Sor. Catalina Labouré; a los niños [de la Saleta, a la célebre Bernardita, cabe el Massabielle, en la bendita gruta de Lourdes: así esta hermosa devoción, bendecida y propagada por el Cielo y por la Iglesia, fué al través de los siglos práctica favorita de todo buen cristiano; así la celestial *invención* del glorioso español, coterráneo Nuestro, se extendió también y de modo especial en Nuestra Patria.

La gloriosa diócesis de Osma hizo honor a su esclarecido hijo y en todos sus ámbitos resonaba la oración del Rosario; eso aseguran la historia de la diócesis, las tradiciones orales; eso nos lo dicen nuestros antepasados y padres.

Más ¡oh dolor! ¿qué se ha hecho del Rosario de Aurora, cantado en todas partes por las muchedumbres en Domingos, fiestas y solemnidades? Por qué no es dado hoy contemplar el envidiable espectáculo que ofrecían las familias de vuestros mayores, rezando todos los días el Santo Rosario, a la sombra del parral el verano, a la lumbre del hogar el invierno? ¿Cómo no regresan hoy los labradores a sus casas, como regresaban antes, rezando por el camino el Santísimo Rosario? ¿Por qué no se nutren de Hermanos y más Hermanos las Cofradías del Santísimo Rosario? ¿Quiénes fueron los criminales que hicieron trizas esta nueva arpa de David, de armoniosos ecos para el cielo y para la tierra? ¿Porqué enmudeció aquí, en muchos pueblos y lugares, en la patria de Sto. Domingo, la dulcísima lira del Rosario, salvación y felicidad del individuo, de la familia y de la sociedad?

No pudiendo Nós convencernos de que los hombres y familias de nuestros días o son de otra especie que nuestros mayores o no necesitan socorro del cielo y ayuda de Dios, forzoso es que terminemos exhortando a todos con el mayor empeño a rezar el Santo Rosario, diariamente, devotamente.

Que el Señor toque vuestros corazones y os encienda en el doble amor de los predestinados: amor a Jesucristo en la Eucaristía; amor a la Santísima Virgen por la práctica del Rosario. Venga el Señor a todos Nosotros: «*Veni Domine Jesu*» y que el Cielo envíe sus bendiciones al Ilustrísimo Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, al Venerable Abad y Cabildo Colegial de Soria, al Clero secular y regular, a las Religiosas, a las autoridades de las dos capitales, de la Sede y de la Provincia y de la Diócesis entera, y a todos Nuestros amados fieles y diocesanos, como Nós enviamos y damos Nuestra Bendición en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal del Burgo de Osma, firmada de nuestra mano y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno a 16 de Julio de mil novecientos diez y ocho.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.



Por mandado de S. S. Ilma. y Rvdma.
El Obispo, mi Señor,
Dr. D. Felipe Garcia Escudero,
Arcediano Secretario.

Se dará lectura a esta Carta Pastoral en uno o más días festivos al tiempo del Ofertorio en la Misa Conventual.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO

LA INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA

Nuestro Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo recomienda con todo empeño a los Sres. Curas Párrocos, Ecónomos y demás encargados de parroquias que exhorten a los fieles a ganar el jubileo de la Porciúncula en las iglesias de la diócesis y con las condiciones señaladas en la circular de 29 de julio de 1911, explicándoles el origen e importancia de esta indulgencia y las condiciones necesarias para ganarla.

Burgo de Osma, 16 de julio de 1918.

Dr. Felipe Garcia Escudero,
Arced. Secretario

SUMARIO: Carta pastoral de Nuestro Ilmo. y Rvdmo. Prelado.—Secretaría de Cámara y Gobierno: La indulgencia de la Porciúncula.
